

SESIÓN TEMÁTICA: NIÑOS Y ADOLESCENTES

EL PODER DE LA ALIENACIÓN (EN LA DEBILIDAD MENTAL)

...Irá de consulta en consulta, ¿para obtener qué, en verdad? ¿*La curación de su niño?* No cree en ella; y ese niño le pertenece; no piensa cederlo. ¿*Un diagnostico?* Ha sido formulado ya múltiples veces... ¿*La verdad, entonces?* Pero, ¿qué verdad, ya que sólo la madre sabe? ¿*Qué sabe ella, exactamente?* Sobre todo no quiere saber nada ni recibir nada de ese médico a quien ha ido a pedir ¿qué? *Nada*, en lo que concierne al niño. Un poco, en lo que concierne a ella misma¹.

Por las calles de un pueblo, caminan dándose piquitos los padres de Tomás. A su lado muy ordenadito camina su hijo mayor. Tomas, con sus seis años, va revoloteando a su alrededor, muy desaliñado. Los hermanos padecen de debilidad mental. Solo Tomás hará tratamiento porque “se porta mal”. Por ahora lo que hace es interrumpir el diálogo que tengo con sus padres molestando a su hermano en la sala de espera o entrando para jugar con su padre, peleando e intentando tocarle el pene.

En la primer entrevista el padre se queja de que los sobreprotegen.

Fuertemente ejerciendo el saber que como madre comporta, ella lo interrumpe para mostrar como hace bien al preocuparse por las inconductas de Tomás.

El reconoce en ellas la presencia de la sexualidad y dice: para mí está bien, está queriendo saber.

Fuertemente ella interrumpe ¡Está mal, no hay que dejarlo!

Débilmente él nombra a un hermano de ella débil mental.

Ella rápidamente desvía el tema aclarando “eso no tiene nada que ver”.

Se presentan bien dispuestos a colaborar, pero ella responde a preguntas personales con silencios, cambiando de tema o enarbolando cual bandera un certero “normal”. ¿Pantalla a la propia debilidad mental? Es justamente Freud quien opinó que la inferioridad intelectual de tantas mujeres ha de atribuirse a la coerción mental necesaria para la coerción sexual (1908). Siguiendo esta idea es que tal vez Lacan llame debilidad mental, al hecho de que un ser, un ser parlante, no esté sólidamente instalado en un discurso (1972) pero donde se puede entender esta condición como resultado de un no querer saber sobre la sexualidad femenina y la castración. Nos refiere M. Mannoni “Todo peligro de castración es negado en el plano de la *palabra*. La debilidad interviene para impedir la comunicación de lo que el sujeto experimenta. Y la inteligencia se estructura en forma tal que se convierte no en una interrogación sobre la vida y la muerte: esa inteligencia es esta muerte misma” ¿Podríamos decir que esta madre mantiene, para salvar su completud, muerta la inteligencia de un hijo. Madre en quien “normal”, recuerda el “viva la patria” de la madre filicida (Rascovsky 1986). ¿Con qué herramientas podría tramitar un niño tanto Thánatos?

En la primer entrevista Tomás entra tratándose como si nos conociéramos de toda la vida y se pone a jugar. De alegre pasa a muy alegre, y entre carcajadas se empieza a enojar. Termina revoleando el juguete sobre mi cabeza y se va. Así como no puede jugar, no puede dibujar, la más simple raya sobre una hoja lo angustia hasta romperla. En general, la mucha alegría se transforma en un intento de pellizcar mi oreja con sus dedos mientras se muerde el pulgar de la otra mano. Ante mis evasivas también el enojo, y siempre encontrando algo que revolear se va gritando “Malo, no te quiero más”. ¿Por qué no puede jugar? El exceso de placer parece ser sentido como displacer, anunciando que estamos bajo el dominio del más allá. ¿Será entonces que los objetos no ingresaron al orden simbólico? (M Klein 1930)

Llega Tomás un día al consultorio y cuenta. “Se murió el pajarito, y la mamá pajarita se lo llevo volando al cielo”. ¿Vos lo viste?, pregunto yo. Sí, me dijo mi mamá. Tomás da el lugar de causa primera (Condilliac 1754) a la mamá. No hay elección de significantes provenientes del Otro. La palabra materna inscribe en términos de

aceptación todos los significantes. Pura alienación. No hay lugar para la metáfora, ni despliegue de su imaginación. Por eso Tomás solo puede hacer grandes cadenas de vagones, pero no puede echar a andar el tren.

Un día distraídamente empuja un cenicero que se rompe. Lloro desconsolado. Lo tomo de la mano y le digo “está bien, no te preocupes, lo vamos a arreglar”. Le pido ayuda y lo pego logrando el alivio de Tomás que termina sonriendo. Tal vez por primera vez hay representación del uno. Donde la plasticola hace de espejo bajo la mirada de otro, analista, que los puede pegar para que por una sesión se retire alegre.

Ante el fracaso constante de lo que intentara como estrategia usando el corte de sesión al empezar él a exitarse, introduzco el corte, en el momento anterior a que se desate su enojo, y lo que obtengo es la excitación de la madre que grita en el pasillo “no puede ser cada vez le da menos tiempo”. Respondo secamente mientras Tomás me mira: “el tiempo lo manejo yo”, y la invito a pasar al consultorio dejando a Tomás fuera. ¿Seguirá pispeando con sus oídos? Ella se retira después de unos minutos de charla muy tranquila y contenta. ¿Se preguntaría Tomás sobre este otro que ha podido satisfacer a su mamá? Si fue satisfecha es que recibió algo que le faltaba, y esta falta abre las puertas a la castración, y esta al deseo que anuncia que un lugar ha quedado vacante para que un significante venga a sustituir lo perdido.

Tomas cuenta que lo voy a llevar a volar.

La madre asustada me preguntada ¿es verdad?

La misma respuesta que al hijo “¿le gustaría?”. Mas una acotación “¿lo dejaría?”

Un hijo que insiste para desear que yo lo lleve a Bariloche.

Una Madre que vuelve a preguntar, porque no puede leer ahí el querer de un hijo.

Tomás padecía de una extraña relación al significante por una madre que no me nombra, haciéndome llamar tío. “Decile chau al tío”. Con mi tono más seco le digo “yo no soy su tío”. Tomás adjunto observando la escena. ¿Escena de rechazo total de la transferencia materna? ¿Otro acto de corte a la madre, corte que genera la relación

al nombre? ¿Simplemente desde el inconciente mismo el analista se opone a ser tomado él mismo como débil mental? ¿Salida angustiosa del analista que busca no quedar ubicado en lugar de hermano en una escena de goce aun no prohibido por alguna ley? Tomás comienza a llamarme Mauricio.

¿La satisfago, no la satisfago...? ¿Otro capricho que se presenta sin ley, del lado del analista? El deseo del analista no es nunca sin ley.

El juego ya no es el inconciente materno, el deseo del analista se ha entrometido: que Tomás pueda hacer su vuelo, de un S1 solo a un S1 que haga serie con un S2. Su juego por ahora es metonimia, así es que viene una y otra vez pidiendo que haga aviones con papel. ¡Más aviones! ¡Todas las hojas! Avión, Volar... se van presentado como significantes que permiten a Tomas, transitar la experiencia de mantenerse más acá del principio del placer. A veces se los ato según su pedido con un hilo, y se va con su cadena de aviones muy contento a su casa. No se presenta con angustia este juego compartido, donde a veces pareciera que soy yo el que juega.

Un día en el que jugamos con un auto, Tomás vacía toda la caja de sus juguetes y casi se empieza a excitar cuando me da la caja y me dice “hace un garaje”, “hacé ventanas”. Tomo un marcador y dibujo ventanas en la caja. Me da una tijera y me dice “cortá”. No lo entiendo. Corta él abriendo agujeros en la caja, y corta y corta, hasta no quedar caja. Producción de un significante dos, donde la caja es un garaje, y este el seno materno, conformando una primer producción metafórica. Con esta producción se está en condiciones de perder algo. La pérdida es jugada en el tratamiento.

Viene con marcadores, trazar una raya lo enoja, no puede. Deja todo tirado mientras comienza a retirarse. Le digo: “yo no pienso juntar tus juguetes”. ¿Alcanza el aviso para ingresar en la ética del psicoanálisis el siguiente robo? A la sesión siguiente vuelve y pregunta inmediatamente por sus marcadores, le digo no sé. Los busca. No los encuentra. Vuelve a preguntarme. Repito no sé. Me pregunta “¿los juntó la

señora que limpia?”. Le digo no sé. Va a preguntarle. Vuelve sin nada diciendo “no están”. Le digo “no están más, se te perdieron”. Ante la simple respuesta rápidamente se pone a jugar sin llantos, sin reclamos, alegremente. Se ha realizado un acto que una y otra vez había sido intentado por el niño a manera de acting que leeré hoy como “tengo que perder algo” (para hacerle perder algo a mi mamá), acto del analista de dejar que el niño pierda sancionando una falta de saber y la pérdida.

A la sesión siguiente con el avión atado a un hilo lo saca por la ventana y lo trae una y otra vez. Pero el hilo se rompe. No hay puerta que lleve al lugar donde el avión cayó. Ladra un perro cercano. Dice entonces: “el perro se lo comió” y ya no trata de ir a buscarlo. Dos significantes han sido puestos en oposición. El juego del fort-da, paradigma del juego, según Freud juego inicial. Según Lacan, lugar donde la estructura insiste en un intento de anotarse. Un resultado: la explicación de un sujeto a la falta, primer respuesta propia de Tomás.

Un día llega enojado, no quiere jugar, y no hace más que pegarle patadas al placar, finalmente le digo “así no puedo quererte”, se planta me mira y me dice “¿vamos a trabajar?”. ¿Qué es el amor para un niño? Ese amor se juega en la transferencia. Pero el amor ahora no es la repetición de los significantes en su pura literalidad.

El tratamiento continuó con sesiones en calma donde hay un auto que se marea o unas bolitas que son amigas. Se interrumpe por unas vacaciones, y lo retoma una semana después de comenzado el ciclo escolar. Pasa las sesiones dibujando sus primeros monigotes, contando alguna cosa de una novia que tiene o de un amigo. El tratamiento siguió unos 4 o 5 meses más, en los cuales no se volvió a enojar.

Lic. Mauricio Zulian.